

José Martí: imaginario cultural antillano, caribeño y nuestroamericano

Por Yolanda WOOD*

LA ANTILLANIDAD de José Martí es raigal.¹ Surgió de su propio origen insular y del compromiso que entabló con el archipiélago de islas que —con excepción de Haití y República Dominicana— permanecía aún bajo el estatus colonial cuando ya la mayor parte de los países continentales eran independientes. Por Cuba luchó a lo largo de toda su existencia, y cuando ya se encaminaba a la “guerra necesaria”, creó el Partido Revolucionario Cubano (PRC, 1892) para redimir la patria pero también para contribuir a la libertad de Puerto Rico, unida como estaba a la Corona española. Fue en las Antillas donde encontró la posibilidad para equilibrar un mundo que se desestabilizaba aún más con el poder estadounidense, amenazante en sus intenciones expansionistas. De ese antillanismo raigal han dado fe autores cuyos textos resultan indispensables en los estudios martianos, dos de ellos son fundamentales: el emblemático ensayo “José Martí, antillano” (1971), publicado por Roberto Fernández Retamar, y la “Introducción” de Salvador Morales a la recopilación de textos de José Martí, *Sobre las Antillas* (1981).

Martí estaba profundamente comprometido con su causa emancipadora —que le imponía cada vez mayores urgencias—, cuando el siglo XIX entraba en sus últimos años y concluía el Congreso Internacional de Washington, en el que Estados Unidos dio muestras de sus pretensiones para “atar al conjunto de los países de nuestra América a su maquinaria mercantil”.² Después de reorganizar las fuerzas, integrar a los imprescindibles luchadores de la manigua cubana y entablar redes de apoyo en la emigración, José Martí

* Profesora consultante del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de La Habana, directora del Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas, Cuba; e-mail: <yolawood@gmail.com>.

¹ El presente trabajo ha sido resultado de una estancia de investigación en la Cátedra Extraordinaria José Martí que alberga el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; su proceso de elaboración se desarrolló entre diciembre y abril de 2015, a ciento veinte años del trayecto de José Martí desde Montecristi a Cabo Haitiano. Feliz coincidencia que devino tributo de recordación.

² Luis Toledo Sande, *Cesto de llamas: biografía de José Martí*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2012, p. 199.

preparó el trayecto que lo llevaría hasta Cuba para el reinicio de la guerra. Corría el último decenio del siglo XIX, de él Martí sólo vivió su primer lustro.

El 30 de enero de 1995 salió de Nueva York con rumbo a la isla compartida, pero toda ella independiente, llamada antaño La Española. Este viaje fue la antesala del trayecto definitivo de su hazaña libertaria.

Sorprende que en aquellos momentos de gran tensión José Martí haya realizado una obra que conmueve dentro de su profunda y profusa escritura; “esos apuntes” —como los llamó— aparecen con el título de *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano* en las *Obras completas* publicadas por la Editora Nacional de Cuba en 1964, identificado con esa denominación porque “su estructura calendárica así lo indica”, según precisan los editores. Este documento adquiere valores trascendentes al corresponder —también indican— a “la penúltima etapa de su peregrinar revolucionario”.³ Bajo esa misma clasificación en las *Obras completas*, continúa al ya mencionado, el *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos*,⁴ que concluye dos días antes de su muerte.

El *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano* es una pieza de narrativa testimonial en la que la capacidad descriptiva del escritor da muestras de toda su valía. Comenzó a escribir este documento el 3 de febrero de 1985 y terminó el 8 de abril del mismo año. Llama la atención que inició, al siguiente día (9 de abril), un segundo y nuevo relato testimonial, su *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos*. ¿Por qué emprendía Martí la realización de un nuevo diario? Puede inferirse que de manera consciente estos documentos tenían receptores diferentes y también propósitos distintos, los que se revelan en las intenciones y características de la escritura cuando se leen y comparan ambos textos. En el primero, durante los dos meses y cinco días de su recorrido, se produce una inmersión antillana sin precedentes en la obra martiana con marcada intención narrativa y una proyección afectiva hacia sus explícitas destinatarias, dos entrañables muchachas, jóvenes, residentes en Estados Unidos, las hijas de Carmen y Manuel Mantilla. El segundo, escrito durante un mes y siete días, aprieta la síntesis y la escritura marca el paso de las jornadas de guerra, en las que acecha el peligro y la palabra

³ José Martí, *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1964, tomo XIX, pp. 183-212.

⁴ *Ibid.*, pp. 213-245.

muerte se repite una y otra vez sin resultar impedimento para que afloren pasajes de una gran sensibilidad hacia el campo cubano, sus colores, olores y sabores, las plantas que crecen por los caminos transitados, “la lluvia de la noche, el fango, el baño en el Contra-maestre: la caricia del agua que corre; la seda del agua” —escribió Martí el 15 de mayo—, y a esa frase llena de poesía en el contacto con el entorno natural, le sigue, separada por punto y seguido, “A la tarde viene la guerrilla”.⁵ Martí está en pleno campo de batalla. Y el 17 de mayo, en el párrafo final de su diario, sólo un poco antes de los puntos suspensivos con los que quedó inconcluso, escribió, “está muy turbia el agua crecida del Contra-maestre”.⁶ Así cambió todo en la vida de este gran hombre que cayó de su caballo, herido por la bala enemiga, el 19 de mayo de 1895.

Fueron intensos los días que precedieron la llegada a la manigua cubana. Las cañoneras españolas “no pudieron impedir el movimiento y la comunicación entre la Isla y Jamaica, y las costas de Cuba con los cayos e islotes vecinos”;⁷ y el fervor martiano no sólo hizo que recorriera territorios sino que en su andar desentrañara —según palabras de Antonio Núñez Jiménez— “las esencias fundamentales de su geografía física y humana”.⁸ Numerosas referencias confirman esa capacidad de apreciar y sentir, “las imágenes de un paisaje cultural e histórico”,⁹ ha dicho Adalberto Santana; de un paisaje natural y social —podría añadirse— en los espacios por los que transitó durante sus campañas organizativas para cumplir el ansiado objetivo de ver a Cuba libre. Si bien —vistos en el conjunto mayor de sus trayectorias durante las labores preparatorias de la “guerra necesaria”— estos diarios dan cuenta de esa raigal antillanidad de José Martí y de su capacidad descriptiva como narrador, el primero de ellos, el *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, figura un ciclo que se amplía y enriquece cuando se entrelaza con textos anteriores que escribió por otras islas y territorios costeros continentales, en un arco temporal que abarca desde su primer

⁵ *Ibid.*, p. 241.

⁶ En la presente investigación este último diario no fue objeto de estudio. Sugerimos consultar a Froilán Escobar y Mayra Beatriz Martínez, ed. crítica, *José Martí: diarios de campaña*, La Habana, Casa Editora Abril, 1996.

⁷ José Martí, “Cuba”, *El Universal* (México), 22-v-1879, citado por Antonio Núñez Jiménez, *José Martí: la naturaleza y el hombre*, La Habana, Fundación Antonio Núñez Jiménez, 2002, p. 100.

⁸ *Ibid.*

⁹ Adalberto Santana, “Honduras en la vida y obra de José Martí”, *Cuadernos Americanos*, núm. 51 (mayo-junio de 1995), pp. 221-231.

viaje a México (1875) hasta su salida definitiva para Cuba (1895). En esos veinte años Martí recorre y penetra la realidad americana.

Una primera etapa de esa trayectoria la llevó a cabo por países latinoamericanos continentales como México, Guatemala y Venezuela en los que tuvo estancias largas y legó una obra significativa; pero a partir de 1892, la intensidad de sus desplazamientos aumentó, vinculados como estaban a la preparación de la batalla liberadora; sus viajes se hicieron más cortos y siguieron un camino de encuentros con emigrados cubanos y otros colaboradores. La inmersión martiana en esos espacios fue de gran valor para construir la idea de un territorio cultural antillano, caribeño y nuestroamericano; el que se le reveló más diversificado por la propia diversidad de los lugares recorridos. Justamente en ese panorama logra distinguirse un imaginario —también cultural— en José Martí, cuando se pone en relación su *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, con algunos de los relatos que le precedieron y otros escritos en simultaneidad —como cartas y artículos— en los que se refiere a las islas antillanas donde estuvo (Jamaica, Curazao, República Dominicana y Haití); y también los que escribió durante sus viajes hacia tierra firme, con especial atención los apuntes acerca de las islas cercanas a esos bordes marítimos y las zonas portuarias desde las que penetró o salió del continente (Jolbós, Contoy, Islas Mujeres, Livingstone, Puerto Cortés, Trujillo, Limón, Colón, Puerto Cabello y La Guayra).¹⁰

Vistas estas trayectorias, y sus descripciones sobre un mapa, Martí viajó por la cuenca del Mar Caribe. Sus textos se refieren tanto al espacio insular como costero continental dentro de los límites de ese espacio cultural —aún mayor—, que él mismo llamó *nuestra América* (1891), territorialidad que no sólo se extiende desde el Río Bravo hasta la Patagonia, sino que incluye “las dolorosas islas del mar”. El término *Caribe*, como se comprende hoy, no estaba al uso en aquella época, lo que puede explicar por qué Martí no identificó bajo esa denominación ni una región cultural ni una geografía física; sin embargo, cuando se sitúan sobre una carta los territorios costeros continentales e insulares que él transitó, se distingue un espacio que puede identificarse como el Caribe occidental de islas y tierra firme, un cuadrante de la cartografía regional que se

¹⁰ Los textos son desiguales, algunos breves pues sólo estuvo de paso, en ocasiones dejó notas dentro de otros textos y de algunos lugares no hizo apuntes que se conozcan hasta el momento.

define al trazar una línea imaginaria desde el norte, en Las Bahamas, que pasara entre República Dominicana y Puerto Rico y llegara, por el sur, hasta La Guaira (Venezuela). Se aprecia en los recorridos de Martí una extensión de esa territorialidad por el oeste a partir de sus viajes hacia ciertos puertos situados en las costas mexicanas bañadas por el Golfo de México (Veracruz, Campeche, Progreso) y hacia el archipiélago de Las Bahamas, tanto cuando viajaba desde Nueva York hacia el Mar Caribe como cuando desde allí viajó a Cabo Haitiano (1895) y después los expedicionarios tuvieron que desplazarse hasta ese lugar para su definitivo traslado a tierra cubana.

Los textos martianos referidos a esas trayectorias por la cuenca del Caribe, y esos ensanches, revelan conexiones ambientales, sociales y culturales entre esos espacios que pueden contribuir a verificar la existencia de un ecosistema y un imaginario cultural en su obra que no es sólo antillano, sino caribeño y nuestroamericano. Esta perspectiva de análisis constituye un significativo aporte a los estudios caribeños, pues si bien el transporte marítimo hizo del Mar Caribe una zona dinámica para los desplazamientos, los textos martianos contribuyen a definir una territorialidad cultural, insular y costera continental con sus espacios más inmediatamente expandidos en Las Bahamas y el Golfo de México,¹¹ y desde ellos las trayectorias hacia América del Norte: Nueva Orleans, Tampa, Cayo Hueso y Nueva York pues, como indicara Salvador Morales, “no hay referencia a las Antillas que directa o indirectamente no esté vinculada a un marco mayor”.¹² En este orden espacial se encuentra el núcleo narrativo del presente estudio, cuando Martí se desplazaba para tender toda una red de los que “quieren asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos de América”.¹³

¹¹ Como podrá apreciar el lector, en el propósito de dibujar las trayectorias martianas la presente investigación no sigue los relatos cuando tienen como objeto al continente. Vale afirmar el contraste descriptivo que se aprecia en ellos cuando eso ocurre, lo que de algún modo confirma que esa dimensión caribeña no abarca la total territorialidad de los espacios bañados por las aguas del Golfo de México y del Atlántico, aspecto metodológico esencial para los estudios caribeños. Véase, por ejemplo, el paso de Martí por la selva de Guatemala, así como la descripción que hace, al referirse al viaje de La Guaira a Caracas, de montañas que “parecen como una hilera de colosales soldados” y “el vértigo se apodera de nosotros”, la temperatura cambia, el frío comienza, *cf.* Martí, *Obras completas* [n. 3], tomo XIX, pp. 48-49 y 158.

¹² José Martí, *Sobre las Antillas*, Salvador Morales, sel., introd. y notas, La Habana, Centro de Estudios Martianos/Casa de las Américas, 1981, p. 14.

¹³ Martí, *Obras completas* [n. 3], tomo II, p. 163.

La escritura martiana: sus textos

Los textos martianos escritos durante esas trayectorias no corresponden a los de un viajero común como tantos otros que compendia la literatura de viajes. Martí fue un cronista poco usual que dejó un “patrimonio imaginario” monumental en sus relatos sobre el Caribe y las Antillas a partir de un proyecto de vida que lo condujo por esos caminos. Justamente ese proyecto fomentó su ideal de escritura y lo sedujo ante los escenarios que hallaba. En general, los textos presentan una diversidad genérica entre la que figuran los sendos diarios, notas, apuntes, crónicas y juicios.¹⁴ Resultan fundamentales las cartas. Martí dejó a sus destinatarios testimonios que acompañan esos recorridos. Tales testimonios dan fe de sus sentimientos hacia el lugar y hacia las personas que encuentra, lo que enriquece y amplía sus notas, apuntes e incluso su propio *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*. Algo similar ocurre con sus artículos, algunos publicados en *Patria*, periódico que ha nacido cuando José Martí se halla vivamente implicado en estas trayectorias independentistas. Todos contribuyen a construir un *corpus* de textos referenciales que, según piensa Todorov, favorecen la imaginación de otros.¹⁵

En esos textos se distingue una cualidad del pensamiento martiano que adquiere gran alcance: lo instructivo y didáctico. “De enseñanza en enseñanza, estudiando fenómenos sociales y buscando las causas de los males políticos”¹⁶ convertía sus percepciones, indagaciones y encuentros en vías de autoconocimiento y también en enseñanzas para otros. Martí no sólo observa y describe, sino que la escritura se muestra sensible a cómo y por qué conoció lo que relata, lo que aporta nuevos mensajes a sus potenciales lectores cuando se interrogan acerca de para qué este hombre en medio de sus deberes mayores, “hilando desde ahora lo futuro”,¹⁷ escribió esos textos. Ellos constituyen un recurso analítico y documental para la existencia misma de Nuestra América, contada desde su voz narrativa y vista desde la espiritualidad profunda de quien hizo de esas dos palabras, unidas, un concepto. Esos testimonios martianos,

¹⁴ Según los criterios clasificatorios adoptados por los editores de las *Obras completas* de José Martí.

¹⁵ Véase Tzvetan Todorov, *Los géneros del discurso*, Caracas, Monte Ávila, 1991, p. 77.

¹⁶ “El Delegado en New York”, en Martí, *Obras completas* [n. 3], tomo II, p. 175.

¹⁷ “Al Secretario”, 27 de julio de 1892, en *ibid.*, p. 71.

sin precedente en su tiempo, son un legado para la construcción de una imagen de nosotros mismos.

Caridad Atencio ha expresado que “a partir del Cuaderno 17 que corresponde aproximadamente a los años 1892, 1893 y 1894, observamos el repliegue del oficio de escritor por la necesidad de asumir el cumplimiento del deber y afloran con más asiduidad los asuntos relacionados con la organización de la guerra”.¹⁸ Y más adelante añade “el repliegue del oficio de escritor pasa por momentos de quebranto y renuncia”.¹⁹ Los textos de Martí durante sus viajes cubren parte importante de los años indicados por Atencio y hasta mayo de 1895. Ellos fueron un refugio y una elección en su camino cuando sentía y creía que “la guerra [...] allá en las horas en que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra [es] la forma más bella y respetable del sacrificio humano”.²⁰ En esa coyuntura tan compleja de su existencia, estos textos refuerzan la continua presencia del escritor que hubo en José Martí y su capacidad literaria para adecuar su escritura a las nuevas circunstancias: hablaba en *Patria*, del viaje “rápido y fructífero”²¹ por las emigraciones; y a Sotero Figueroa le decía en carta desde El Cabo, “escribo a la salida de un vapor y con el estribo en el que me lleva a Puerto Príncipe, de Haití”.²² La síntesis de sus textos y su invaluable fuerza narrativa no pueden separarse de la dinámica de esos viajes ligados a su acción. Lo que resulta sorprendente es la capacidad perceptiva de Martí para fijar las impresiones de esos trayectos de poca duración, ocupado en otras faenas y con difíciles condiciones de movilidad para satisfacer los tiempos de la escritura: “Pudieran, pues, esperarse notas rápidas, apenas elaboradas. Sin embargo, en seguida se percibe que numerosos pasajes tienen un acusado giro literario”.²³ Por eso, estos escritos no son sólo “el relato sobre el espacio particular de un recorrido [...] corresponden a la imagen particular de un sujeto”,²⁴ y es la capacidad literaria de ese autor

¹⁸ Caridad Atencio, *Los cuadernos de apuntes de José Martí o la legitimación de la escritura*, La Habana, Unión, 2012, p. 25.

¹⁹ *Ibid.*, p. 26.

²⁰ “Nuestras ideas”, en Martí, *Obras completas* [n. 3], tomo I, p. 317.

²¹ “En New York”, en *ibid.*, tomo V, p. 75.

²² “A Sotero Figueroa”, El Cabo, 9 de junio de 1893, en *ibid.*, tomo II, p. 353.

²³ Claude Bouchet-Hauré, “Las últimas notas de viaje de José Martí: algunas observaciones sobre su estilo”, *Anuario Martiano* (La Habana), núm. 1 (1999), p. 9.

²⁴ Jorge Montealeone, *El relato de viaje: de Sarmiento a Umberto Eco*, Buenos Aires, Ateneo, 1999, p. 17.

la que “puede transformar todo recorrido en un discurso”.²⁵ Martí ilustra y justifica su causa mayor en estos textos.

Es un hombre rodeado de afectos pero en soledad. Al general Máximo Gómez le expresaba cuántos cariños “tiernos y vehementes” sintió desde su llegada a Santo Domingo, “ni un instante he estado sólo [...] contarán estas pocas horas [...] entre las más satisfactorias para mi patria y para mi recuerdo”.²⁶ En su estado emocional se distinguen las posibles implicaciones de los pasos que lo encaminan y lo acercan cada vez más a Cuba: a Gonzalo de Quesada le expresaba “ya me desvaneceré pronto”²⁷ y a Tomás Estrada Palma le escribía desde Montecristi, en marzo de 1895, “en todo lo de mi persona cederé, y ya la doy por muerta”.²⁸

Resulta significativo que en su último gran libro de poemas, *Versos sencillos*, pórtico a todos estos sucesos que se desencadenan a partir de 1892, el autor entabló un reencuentro consigo mismo, se trata de un poemario —autobiográfico lo ha llamado Fernández Retamar. En su escritura, Martí se apoya en una profunda introspección liberadora durante los cinco años finales de su vida y de ello dan fe sus textos narrativos testimoniales, entrecruzados con cartas y artículos, asociados a lo que vio y observó y en los que se desborda un aspecto comunicativo esencial del gran periodista que siempre fue. Él pone en contacto territorios e individuos, habla de unos para los otros, construye cadenas de relaciones entre lugares comunes en sus propias diferencias, y con ello desafía el tiempo y hace “trascender el mero presente”,²⁹ en el que está enraizada la esencia cultural de Nuestra América. Como en casi todo lo martiano, es imposible mirar desde un solo ángulo la vida y obra de este hombre insigne. En sus textos se entremezclan diversos tonos literarios y se hacen imprescindibles los cruzamientos. En general se destaca en ellos, la idea sublime de los recorridos, la espontaneidad de la escritura, un permanente afán de saber y el disfrute de encontrar gentes y tradiciones por los caminos nuestroamericanos.

²⁵ *Ibid.*, p. 11.

²⁶ “Al general Máximo Gómez”, Santo Domingo, 19 de noviembre de 1892, en Martí, *Obras completas* [n. 3], tomo II, p. 164.

²⁷ “Carta a Gonzalo de Quesada”, 8 de noviembre de 1892, en José Martí, *Cartas de amistad*, Julio Miranda, pres. y sel., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2003, p. 143.

²⁸ “Carta a Tomás Estrada Palma”, 16 de marzo de 1895, en *ibid.*, p. 170.

²⁹ Axel Gasquet, “Bajo el cielo protector: hacia una sociología de la literatura de viajes”, en Manuel Lucena y Juan Pimentel, eds., *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, CSIC, 2006, p. 44.

Es menester detenerse en el *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, pues éste no sólo es un documento único en los escritos martianos estudiados, sino que es relevante dentro del conjunto mayor de sus textos en relación con sus viajes, por el profundo carácter afectivo del discurso y por la puesta en evidencia de lo que Luis Albuquerque define como el “carácter bidireccional” del relato de viaje al poner en relación la cultura visitada y la del visitante.³⁰

Martí utiliza su diario como un pretexto de cálida comunicación con María y Carmen Mantilla,³¹ pues fue escrito para probarles —dice el autor— “que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en Uds.”³² Su salida hacia Montecristi se produjo después del fracaso del Plan La Fernandina y de haber dado la orden de alzamiento desde Nueva York el 29 de enero de 1895 para el reinicio de la guerra el 24 de febrero, por lo que no es difícil comprender las circunstancias que vivía el viajero que preparaba desde el exterior de Cuba una guerra inminente y el sentimiento de ruptura al separarse de seres tan queridos como las hijas de la familia Mantilla.

En ése y otros aspectos, varias cartas dirigidas a ellas durante aquellos días, resultan fundamentales: la que dirigió a Carmen en la que le expresa su amor y le dice “te veo cuando el sol se pone y cuando el sol se levanta”,³³ y muy especialmente las que envió a María Mantilla los días 2 y 19 de febrero y otra desde Cabo Haitiano sin fecha precisa. Estas tres epístolas conforman un *corpus* textual que es imposible desligar del diario. Constituyen un discurso en paralelo de gran significación durante esos últimos meses de la vida de José Martí.

Recuerda la carita de angustia de María y el dolor de su último beso. A ella dedica además frases de gran sentido ético, referidas a los valores de la bondad (“los dos seremos buenos [...] tú para merecer que yo te vea siempre linda como te vi entonces”, “haz tú como yo: haz algo bueno cada día en nombre mío”); el sufrimiento (“no tengas nunca miedo a sufrir. Sufrir bien, por algo que lo me-

³⁰ Luis Albuquerque, “Los libros de viaje como género literario”, en *ibid.*, p. 67.

³¹ María Mantilla (Brooklyn 1880-Los Angeles 1962), hija de Carmen Miyares y Manuel Mantilla. Los otros hijos del matrimonio fueron Manuel, Carmen y Ernesto. Cuando nació María, Carmen tenía 7 años.

³² Martí, *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, dedicatoria, en *id.*, *Obras completas* [n. 3], tomo XIX, p. 185.

³³ “Carmen Mantilla”, en Martí, *Cartas de amistad* [n. 27], p. 168.

rezca”); la generosidad (“mira a una mujer generosa: hasta vieja es bonita”).³⁴ Y la invita con palabras breves y sugerentes a querer y servir: “Así te querrán, y te querré”. Y como quien entrega un talismán o una prenda, le ofrece “la receta” que dice Martí aplicar para todo: “saber más que los demás, vivir humildemente, y tener la compasión y la paciencia que los demás no tienen”.³⁵

Le pide a María que vaya haciendo como una historia de su viaje, “a modo de diccionario, con la explicación de los nombres curiosos”, y le pone ejemplos y la insta a buscar en el Larousse y le brinda otras fuentes, entre ellas un libro de geografía de las Antillas que —dice— “tenemos, pero en Central Valley”.³⁶ Martí sostiene desde la distancia un vínculo tierno y formativo con María, le introduce tareas y la estimula en sus capacidades para aprender pues “no se sabe bien sino lo que se descubre”³⁷ y le expresaba como consejero que ama: “no hagas nunca nada que te dé tristeza [...] que te respeten todos por decorosa y estudiosa”. La exhorta a pensar en el trabajo virtuoso para no ser una mujer esclava por su ignorancia. Le compra libros y se los envía a través de amigos. Le ofrece indicaciones sobre la traducción, en un fragmento de su carta desde Cabo Haitiano, que constituye una pieza ejemplar de didáctica sobre los cuidados que se habrán de tener para que al traducir “el libro no quede [...] en la misma lengua extraña que estaba”.³⁸

Son pasajes de un valor sentimental y humano que dimensionan toda la estatura de este hombre cuando se dirige a una joven próxima a cumplir sus quince años, la manera en que su lenguaje se hace coloquial y a la vez orientador, el modo en que su primera persona se hace oportunamente instructiva a todas las formas de conocimiento que están, según cree, “en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol [...] en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas, y en la unicidad del universo que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno”.³⁹

³⁴ “A María Mantilla”, en *ibid.*, p. 165.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.* Interesó particularmente a la investigación la localización del libro sobre geografía de las Antillas al que alude Martí; no obstante los esfuerzos del servicio de referencias de la Biblioteca Simón Bolívar del CIALC, UNAM, no fue posible localizar esta fuente. Mi agradecimiento a las especialistas por el interés que tomaron en el asunto.

³⁷ *Ibid.*, p. 166.

³⁸ “A mi María”, en *ibid.*, pp. 84-87.

³⁹ *Ibid.*

Y en carta a Carmen Mantilla, se refería a cuestiones de la geografía y la historia, en especial a esas islas precursoras del proceso de conquista y colonización:

Vamos andando por la mar, y ya estamos cerca de Cap Island, que es la primera que se ve yendo del Norte y de Watling's Island, que viene enseguida, y se ve con curiosidad porque muchos creen que ésta es la primera tierra de América que vio Colón —la que llamó San Salvador [...] Esta noche dormiremos poco, porque llegaremos a otra isla, Fortune Island.⁴⁰

Todas estas revelaciones marchaban juntas con el momento en que Martí se encuentra en plena campaña conspirativa. No es de extrañar que otros motivos profundos favorecieran también las características de escritura de su *Diario*, pues con él pudo crear una cortina de encubrimientos sobre este viaje que fue el preámbulo para la acción revolucionaria, una forma de clandestinaje, un modo de dejar huellas silenciosas. Estas circunstancias no fueron ajenas a los textos de José Martí en diferentes documentos y en particular en su *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, elaborado en un momento tan climático de su acción. Sobre esos ocultamientos e incertidumbres escribió a Carmen Mantilla el 2 de febrero:

A tu mamá le escribí pero ya no le dije cómo nos podrían llegar tal vez noticias de Uds. —A la verdad no veo aún cómo, en la indecisión de nuestro camino [...] Pero no vamos a estar de parada en lugar fijo, ni conocemos aún nuestra ruta, ni es probable que las cartas nos alcancen [...] a no ser que las hallemos a la vuelta, si hemos de volver [...] Yo creo que deben escribirnos a tres direcciones a la vez: una, con sobre de afuera a Juan Anido, Santo Domingo; otra, a M.J. Aybar, Jiménez & Co. Montecristi, y la más extensa y segura al Dr. Ulpiano Dellundé, Cap Hatien, Haiti.⁴¹

Martí, que ha vivido inmerso en una labor de organización revolucionaria, se encuentra en un tiempo crucial de su actividad encubierta, y despistaba —ha dicho Paul Estrade— “sobre sus viajes, cambiando de nombre cuando suscribía un contrato [...] apartándose de intrusos, escondiéndose en lugares seguros [...] escribiendo cartas cada vez más elípticas o anfibológicas”.⁴² Ya desde 1891 es reportado por el

⁴⁰ “Carmen Mantilla”, en *ibid.*, p. 168.

⁴¹ *Ibid.*, p. 168. Watling's Island es el nombre que recibieron Las Bahamas desde 1680 hasta 1925, conjunto de islas donde se encuentra Guanahaní, también conocida como San Salvador.

⁴² Paul Estrade, *Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*, Madrid, Doce Calles, 2000, p. 430.

ministro de España en Washington como uno de los miembros más destacados del Club Los Independientes, organización vigilada por los agentes peninsulares en Estados Unidos y en agosto de 1892 refiere Ibrahim Hidalgo en su cronología que Martí presentó protesta privada por las violaciones a la correspondencia del Partido Revolucionario Cubano. Estos temas alcanzan una atención especial en el trabajo de Raúl Rodríguez de La O al revelar esos “escudos invisibles” en su obra, “en particular durante los preparativos de la gesta del 95, de manera especial después de la fundación del [Partido Revolucionario Cubano] y del periódico *Patria*”.⁴³ Para el Martí de esos años se hicieron constantes ciertas palabras —precisa el autor— como silencio, discreción, desconfianza, sigilo y desinformación, entre otras, así como el empleo de claves y cifrados.

Con su diario, Martí realizó un profundo desdoblamiento, y el viaje es el tema del relato que sigue una estructura cronológica con una multiplicidad de planos al describir territorios, personas y ambientes que el autor siente como parte de su propia matriz cultural, lo que le aporta una profunda credibilidad y representatividad a lo narrado, pero a la vez era hondamente consciente de lo que su escritura podría revelar cuando en carta a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos el 10 de abril de 1895, expresaba,

podiera, y acaso debiera, contar con minuciosidad todo este viaje último; pero aún será indiscreto [...] ni antes ni después de nuestra llegada a Cuba debo dejar escrito, ni se ha de divulgar, detalle alguno que indique las vías diversas que hemos recorrido [...] Hoy no fuera posible, sin saber a dónde va lo que se escribe, ni si se pierde en el viaje. Y luego *un diario suele ser un espía*.⁴⁴

Textos e imaginario cultural

EL *corpus* textual que conforman estos viajes por territorio americano en los últimos veinte años de la vida de José Martí, refieren vivencias y experiencias desde las que se constata y aprecia un tejido psicosocial y un saber cultural, referidos al universo cotidiano, con una profunda sensibilidad humana. El escritor que se encuentra en intensas campañas para la lucha no pudo evadirse de una mirada a

⁴³ Raúl Rodríguez de La O, *Los escudos invisibles: un Martí desconocido*, La Habana, Capitán San Luis, 2003, p. 9.

⁴⁴ “A Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos”, en Martí, *Cartas de amistad* [n. 27], pp. 202-203. Las cursivas son mías.

la realidad que lo remitía a la memoria del lugar desde las fuentes de la observación, la oralidad y el contacto interpersonal. En ese sentido sus textos adquieren una enorme significación en aspectos sociológicos y antropológicos.

Martí se introduce con su escritura —muy orgánicamente— en un proceso comunicativo y desde él interactúa con el medio físico-natural y con el ambiente social, lo que genera discursos narrativos diversos en su dimensión simbólica, fuertemente marcada por un humanismo subyacente que enriquece el aspecto creativo y espiritual de sus textos.

Visto en sus interconexiones, en ese *corpus* textual pueden distinguirse ciertas “claves simbólicas”, ciertos lugares comunes y un imaginario cultural antillano, caribeño y nuestroamericano que no sólo se refiere a un entramado donde la naturaleza y la sociedad son protagonistas, sino a algo “constitutivo, lo imaginario, cuyos mensajeros son las palabras y los signos”,⁴⁵ las imágenes, la profunda visualidad que aportan sus textos. En sus modos de ver y relatar el universo que se despliega ante sus ojos, la escritura martiana, la manera de organizar y estructurar su “frase descriptiva”, “lleva a pensar en una técnica pictórica”, y en ello Bochet-Hauré aprecia que “Martí no nos deja olvidar que ha sido crítico de arte”.⁴⁶

Ese universo de peculiares experiencias adquiere la dimensión de una expresión identitaria por el contenido liberador de los conceptos, actitudes, historias, mitos y leyendas, todas fuerzas imaginarias, tanto del mundo real como del ficcional, que viven activamente en la cultura. En estos textos martianos ese imaginario cultural surge de sus capacidades perceptivas y sensoriales para observar diversos niveles del contexto individual, colectivo y social, así como de los sustratos, conscientes e inconscientes, que fundamentan los valores heredados, las huellas de tradiciones, los tipos característicos y el valor ancestral de lo primigenio.

Martí elaboró un repertorio simbólico en el que adquiere forma un imaginario cultural antillano, caribeño y nuestroamericano que si bien se expresa de manera local e histórica en sus descripciones, permite esbozar ciertos fundamentos del espíritu que habita en la sociedad, desde su capacidad para observar la escala plural de relaciones entre lo natural y lo humano. En ese imaginario cultural

⁴⁵ Gilbert Durand, *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*, Madrid, Taurus, 1984, p. 405.

⁴⁶ Bouchet-Hauré, “Las últimas notas de viaje de José Martí” [n. 23], p. 12.

habitan lo nativo, lo histórico, lo económico, lo social, lo mítico, lo étnico, lo afectivo, lo lingüístico, lo artístico y lo mágico. Situado como estaba Martí “en el pensamiento americanista de la pluralidad cultural [...] es notoria su aguda percepción de que, en medio de la multiculturalidad, se reconoce una identidad común que atraviesa siglos de historia”.⁴⁷ Y es que para ese viajero “la tierra que habita no está en la geografía sino en la historia”.⁴⁸ Lo que le permitió sentir y comprender los espacios desde el tiempo y la cultura. Es fundamental interpretar esas trayectorias martianas desde su esencia: Martí dirige sus pasos hacia el encuentro con los hombres y mujeres que lo esperaban o que él esperaba encontrar. Ellas se orientaron entonces en un sentido más humano que geográfico.

Por tal razón ese imaginario cultural no se configura como un inventario pasivo. Ese caudal de referencias vividas como experiencia fue un medio de información para Martí y para los otros. Su escritura no es ni rememoración ni recuerdo distante. “Martí se situó en el pensamiento americanista de la pluralidad cultural [y] ése sigue siendo el sendero de la reflexión contemporánea”.⁴⁹ De ese imaginario cultural se deriva un valor patrimonial —material e inmaterial—, que por simbólico (“y los elementos del sistema simbólico son colectivos”),⁵⁰ se expresa de manera metafórica a través de signos, imágenes, alegorías y representaciones, entre otros recursos que pueden enriquecer la polivalencia del símbolo y la propia realidad fabulada de las tradiciones.

En ciertos momentos de su narración Martí empleó la palabra “cuentan”, lo que introduce otro-narrativo en el relato. Esa voz suele venir del propio contexto, lo que aporta datos de legitimidad a lo narrado y a la vez motiva “sugerencias simbólicas” por esa “capacidad martiana de indagar en el componente mítico de los procesos identitarios en América Latina (y el Caribe, añadido) y su relación con el acontecer histórico”.⁵¹ El valor popular de esas referencias distinguen la fuerza del cronista que fue Martí, lo que

⁴⁷ Andrés Fábregas Puig, “Nuestra América: identidad y cultura”, en José Antonio Aparicio, coord., *José Martí: interculturalidad y humanismo*, San Cristóbal de Las Casas, Cátedra José Martí Universidad Intercultural de Chiapas, 2010, p. 13.

⁴⁸ Guillermo Cabrera Infante, pról., *José Martí: diarios*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1997, p. 8.

⁴⁹ Fábregas Puig, “Nuestra América: identidad y cultura” [n. 47], p. 13.

⁵⁰ Marcel Mauss, *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1979, p. 18.

⁵¹ Marlen Pérez Vázquez, *Martí y Carpentier: de la fábula a la historia*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2004, p. 194.

aporta una personalidad propia a sus textos narrativos y testimoniales porque como él mismo indicó: “a veces quiero pensar y no pienso y a veces pienso sin querer, y entonces de las cosas no quedan sino las imágenes”.⁵² En la combinatoria ante la escritura motivada por la percepción, la impresión y las sensaciones se construyó un imaginario cultural en el que no sólo se destacan cualidades narrativas sino también líricas, poéticas, por el “sentimiento subjetivo” contenido en ellas.⁵³

Situado Martí ante el panorama de realidad que tanto lo atraía por su conciencia americana y por su deseo profundo de comprender América, esos trayectos iluminaron una parte esencial de su existencia como creador, le ofrecieron un material nutricional para quien expresó alguna vez “necesito ver lo que he de escribir”.⁵⁴ Marcado por la variedad de culturas y de orígenes, fue un universo lo que se abrió ante sus ojos. Otras cualidades de su personalidad como la honradez, la sencillez y la lealtad, completarian la excelencia de su capacidad expresiva. Mirar y ver es tarea de sensibilidad en la escritura que habla de otros, es apertura al conocimiento y es voluntad ética de respetar la diversidad, ajena a todo exotismo.

*Claves simbólicas
de un imaginario cultural martiano*

ANTES de su *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, José Martí había viajado a Jamaica con una escala en Curazao, en 1887, de la que dejó un pasaje. Escribió otros relatos durante sus trayectorias por Centroamérica y América del Sur en la década del setenta, entre los que se destaca “Guatemala”. Leídos esos documentos según sus recorridos,⁵⁵ Martí está interconectando espacios que no eran comprendidos entonces como una cultura con caracteres relativamente comunes dentro de su diversidad. El Caribe emerge allí sin haber sido nombrado por él, ni haber sido nombrado

⁵² Martí, *Obras completas* [n. 3], tomo XXI, p. 14.

⁵³ “El sentimiento subjetivo es en él condición predominante al conocer y expresar la realidad que le circunda”, Atencio, *Los cuadernos de apuntes de José Martí* [n. 18], pp. 33-34.

⁵⁴ Martí, *Obras completas* [n. 3], tomo VII, p. 216.

⁵⁵ José Martí visitó también Belice en 1863 con su padre que buscaba alternativas de empleo en ese país; el viaje debió haber sido breve y no quedaron referencias de su estancia allí, tenía sólo 10 años.

entonces, y brota desde los imaginarios culturales que el viajero descubrió y describió en sus textos y relatos. Un aporte sustancial para comprender ese espacio en las últimas décadas del siglo XIX y aún en la actualidad.

Mostró las particulares maneras de esa geografía americana, su naturaleza, su gente pues él andaba por ellos, decía, “muy lleno de nuestras tierras”. En sus textos escritos sobre Jolbós o Isla de Mujeres; Livingstone, Puerto Cabellos o La Guaira, se distinguen las impresiones martianas sobre ciertos hábitos y costumbres de vida en la cuenca del Caribe occidental que completan una visión del imaginario cultural con sus trayectorias por las islas. Martí no intenta generalizaciones, las apreciará el lector al integrar los textos en su lectura. En sus apuntes sobre “Livingstone”, por ejemplo, la palabra *Caribe* continúa asociada a una lengua (“hablan su caribe primitivo, su dialecto puro”), a los individuos (“estas caribes de opulento seno son las cultivadoras de los campos”), en fin, a una etnia y un grupo social al que se refiere en plural (“los caribes no tienen escritura”).⁵⁶

Estos textos diversos muestran la profunda empatía del autor con los espacios que describe y ciertas claves simbólicas; sin duda una de ellas es el mar que une y separa los territorios que recorre, “nuestra tierra —dice a Gonzalo de Quesada desde Haití— que está al otro lado de la mar verde, y no la puedo tocar. ¡Qué mares tan bellos! [...] el mar es aquí una joya, en su montura de cerros, matizados acá y allá de palmas”.⁵⁷ Contrasta esta imagen con las que —según los editores de las *Obras completas*— “parecen referirse a sus viajes a México, en 1875 y 1877”,⁵⁸ en las que incluye relatos de su trayecto en el *Celtic*, cuando viajó desde Europa hasta América, y allí se refiere a un mar rugiente con las “ondas atlánticas airadas” como las de un “monarca perturbado”.

⁵⁶ Martí, *Obras completas* [n. 3], tomo XIX, pp. 38-39. Los caribes a los que se refiere Martí son hombres y mujeres negros, podría tratarse de los pueblos autodenominados *calínago*, que fueron expulsados de San Vicente por los ingleses en 1797 hacia la isla de Roatán (Honduras), desde allí se dispersaron a las costas de Belice, Honduras, Guatemala y Nicaragua, en la actualidad son conocidos como los pueblos *garífunas*, también identificados como los *caribes negros*, véase Francesca Gargallo, *Garífuna, garínagu caribe: historia de una nación libertaria*, México, Nuevo Sol, 1990.

⁵⁷ “A Gonzalo de Quesada”, Gonaives, 8 de septiembre de 1892, en Martí, *Cartas de amistad* [n. 27], p. 143.

⁵⁸ Martí, *Obras completas* [n. 3], tomo XIX, p. 14.

Del mar, se interesa por aspectos asociados a la vida cotidiana, como la pesca (“pueblecillos de pescadores”), por todo un vocabulario marítimo con sus referencias en las lenguas originarias (“cayucos o canoas pequeñas”), al comercio de cabotaje que relaciona los puertos cercanos, y pone en su voz narrativa lo que le cuentan, “las caguamas y tortugas de Isla de Mujeres no se venden mal en la costa de Belice” y habla del “cayuco danzarín” que realiza ese movimiento comercial y vuelve con maíz, burlando la vigilancia —siempre burlable, precisa Martí— de la canoa de guerra que cura de los derechos del Fisco. Es decir, toda una mirada sobre los bordes territoriales que derivan del constante movimiento por el mar, y se refiere también al intercambio con las islas antillanas, pues según le comentaron en Isla de Mujeres, el boniato de Cuba es “más dulce y más grande” que el de las tierras cozumeleñas. Y observa que esas próximas distancias de los caminos del comercio, desplazan también a las familias que vienen desde Cozumel a Isla de Mujeres, y viceversa; se trata de cercanías marítimas, pues “viniendo de Progreso a la Isla de Mujeres, se pasa muy cerca de Contoy”, por ejemplo.

La evidencia mayor de esos desplazamientos humanos se encuentra en los propios recorridos de Martí por tierras antillanas y continentales donde numerosos compatriotas habían encontrado lugar de acogida, lo que constata el lector cuando en su diario, reencuentra no sólo cubanos en tierras de Haití y República Dominicana, sino también personas llegadas de Saint Thomas o de las Islas Turcas. Y al salir de Dajabón, último pueblo dominicano antes de llegar a Haití, revela en sus observaciones esa existencia fronteriza dentro del espacio insular compartido como otra zona de complejas confluencias. Allí requirió del visto bueno sobre su pasaporte para seguir, pero en ese punto de la geografía antillana, dice además, que “pasan recuas y contrabandistas”. Y precisa:

cuando los aranceles son injustos o rencorosa la ley fronteriza, el contrabando es el derecho de insurrección [...] el contrabando viene a ser amado y defendido, como la verdadera justicia. Pasa un haitiano, que va a Dajabón a vender café: un dominicano se le cruza, que viene de Haití a vender su tabaco de mascar, su afamado andullo: —” Saludo”. —” Saludo”.⁵⁹

Mientras que para llegar a Puerto Cabello, que hace todo su comercio con la ciudad de Valencia, dice Martí, se pasa por la isla de

⁵⁹ *Ibid.*, p. 200.

Curazao, posesión holandesa que vive de la sal y del contrabando con Venezuela, pues todo allí viene de fuera. Encontró en esa isla también una gran diversidad demográfica por la afluencia de los holandeses metropolitanos, pero también de “los judíos ricos” que allí se asentaron y de los refugiados políticos que llegaron de Venezuela y Colombia.

Al hablar del mar a Martí le resultan ineludibles las historias de naufragios. Los pobladores de Livingstone relatan “el de un barco grande de tres cubiertas lleno de americanos y madamas que no se sabe a dónde fueron” y del que conservan en el bohío un trozo de madera donde se lee un nombre en inglés escrito con letras doradas. Otros marinos y contrabandistas también mero-deaban las costas. Martí se refiere a los canarios que en la Isla de Mujeres, “azotan estos mares en busca del carnudo mero” y otros como el patrón contrabandista que en Inagua porta “caña macaca de neoyorquino [...] sortija recia al anular y en la cabeza de respeto el panamá caro”.⁶⁰

Y con las leyendas marítimas aparecen los valores simbólicos que el mar le aporta a las creencias populares de los pueblos antillanos. En su *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano* resulta memorable un pasaje fechado el 4 de marzo, en el que Martí afirma que abrió los ojos “al canto del mar”, y confirma: “el mar cantaba [...] La larga música extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante”.⁶¹ Y el timonel haitiano, citado por Martí en el relato, después de dejar el mando de la embarcación a medio ir, dijo: “Es lo más bonito que yo haya oído en el mundo: dos veces no más en toda mi vida he oído yo esto bonito”.⁶² El narrador afirma que “los hechiceros haitianos, sabrán lo que eso es: que hoy es día de baile *vaudou*, en el fondo del mar [...] allá abajo están haciendo los hechiceros sus encantos”, termina su relato con estas palabras: “Cantó el mar una hora —más de una hora”.⁶³ En este pasaje se aprecia lo que Iván Schulman ha llamado la “amalgama imaginada” de Martí en su visión del paisaje “uniendo así elementos objetivos y subjetivos” para integrar un “mosaico impresionista” que considera propio del estilo martiano, “algo que deriva de su

⁶⁰ *Ibid.*, p. 209.

⁶¹ *Ibid.*, p. 205.

⁶² *Ibid.*

⁶³ *Ibid.*

admiración ante la naturaleza tropical en forma plástica”.⁶⁴ En varios momentos de su trayectoria haitiana se interesa Martí por el universo supersticioso en el país, y Nephtalí, en cuya casa encontró lugar para quedarse en Fort Liberté, dice que “superstición, hay y no hay en Haití: y que el que quiere ver la ve, y el que no, no da nunca con ella”, lo que suponía una zona de misterios que como todo lo mágico se hace difícil de revelar. De cuánto interesó a Martí este asunto, puede dar cuentas su descripción del que creyó sería su último momento en tierra haitiana, para tomar rumbo a Inagua y desde allí zarpar hacia Cuba. Era el 1º de abril en su diario,⁶⁵ y después de atravesar en la noche oscura, en un paisaje sombrío de árboles punzantes y sentir las ráfagas húmedas y saladas del mar cercano, allí en ese lugar: “De pie, a las rodillas el calzón, por los muslos la camisola abierta al pecho, los brazos en cruz alta, la cabeza aguileña [...] tocada de yarey, aparece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano. El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza”.⁶⁶ ¿Se trataba de una imagen real o de una visión ficcional, literaria? La respuesta no es importante pues, por su carácter insólito en el modo narrativo martiano, no cabe duda que es esencialmente una imagen profundamente simbólica y de un trasfondo mítico que estimula la ilusión y la fantasía creadora.

Del mismo modo se refiere a un repertorio de orillas con “rocas transparentes” y “conchas quebradizas” en Contoy, islote lleno de mangle, donde habita “la elegante zolla, caracol blanco y puntiagudo, de base espiral y dilatada trompa” y en Isla de Mujeres habla de las huellas de los caracoles y cangrejos como bordados de encajes o caprichosos dibujos sobre la arena.⁶⁷ Una fauna de tortugas y cazonas, picudas, cherna y lisetas brindan oportunidad de caza y pesca a los pueblos marineros, mientras que aves en “enormes bandadas” de rabihorcados ligeros, buchones alcatraces, albas garzas o picudos zaramagullones, se muestran en tal abun-

⁶⁴ Iván Schulman, “Martí y Darío frente a Centroamérica: perspectivas de realidad y ensueño”, *Anuario Martiano* (La Habana), núm. 1 (1969), p. 75.

⁶⁵ En carta del 10 de abril de 1895 a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, Martí dice: “desde la cubierta del vapor escribo porque nuestro camino el 1 de abril se interrumpió y hay que empezarlo de nuevo [...] A la mar otra vez con esperanza mayor”, en Martí, *Cartas de amistad* [n. 27].

⁶⁶ Martí, *Obras completas* [n. 3], tomo XIX, p. 207.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 15.

dancia que cuenta Martí cómo los marineros bajan a la costa y con un palo, golpean y matan centenares de ellas.

Por contraste a lo marítimo y costero, relata Martí sobre ciertas formas de actividad productiva agrícolas en las milpas de las islas cercanas a la costa continental mexicana, las que con la pesca son las principales fuentes económicas de la población local a través de los mercados en los pueblos costeros y en otras ciudades como Mérida y Progreso. Esta combinación de prácticas productivas constituye, dice, la mayor riqueza posible en Jolbós. Mientras que en Livingstone viven del coco y del plátano pues el maíz es escaso y con la yuca que abunda hacen casabe. Las cultivadoras de los campos son las “caribes de opulento seno”, mientras los hombres pescan y comercian, una expresión de organización del trabajo por géneros bien estructurada socialmente. También ocurre, en varios pasajes de su trayecto por República Dominicana, en los que además de plátano, maíz y boniato se incluye el arroz en la alimentación, y junto a Manuelico —el gallero de la Vega— ve como lo apilan a la puerta de la casa mientras un gallo pica el grano que salta, “que no debe comerlo” —precisa el que sabe— porque lo afloja mucho.

En común toda una base alimentaria “de la negra tierra”, frutas y tubérculos: la naranja, el mango, la guanábana y los habituales cultivos como el tabaco, el café y la caña. Describe la habilidad de los pobladores para ascender por el tronco del cocotero para cortar su “racimo verde”, y en Puerto Cabello, dice, “se refresca uno copiosamente con agua de coco tomada en su propia nuez, donde sabe mejor”. Disfruta Martí con los jardines de limoneros y frutas dulces, especialmente los palmares frondosos que aprecia en el cauce del Yaque en República Dominicana, camino a Santiago, donde se distingue “la ceiba potente [...] punteada de balas”, como rememoración de recientes batallas, y más allá la vega, “como chispazo o tentación de serena hermosura” y no deja de expresar ciertas preferencias: el casabe le gusta más que el pan, y el café pilado y endulzado con miel de abeja. En Santiago de los Caballeros, disfruta el merengue criollo, hecho con claras batidas y azúcar, y el café, también con anís y nuez moscada. Descubre que el kutz-bósh es utilizado como tabaco después de tostado y envuelto en papel de estraza en territorios continentales y cómo, en República Dominicana, don Jesús le quema los gusanos a la planta del tabaco en su conuco, “que da mucha brega”. Y en la medida en que avanza en sus recorridos Martí compara la uva gomosa de la Isla de Mujeres

con la caleta cubana, así como el ron blanco de Maracaibo con el rojo de Jamaica que considera superior. Mientras que el uso de la “hamaca de henequén” y el “taburete de madera”, se aprecian reiterados en varios de sus relatos, a veces reclinado el taburete como en casa de Candelario Lozano en República Dominicana.

Dice del “útil chite” que se emplea para techar bohíos, en forma de óvalos, sustentados con delgados mangles y tapizados con arena; todos los materiales proceden del medio natural, como las pencas que sirven de techumbre. En República Dominicana, observa los caseríos de palma y yagua, distintos —dice Martí—, a los que encuentra en Haití, “de embarrado sin color, de su pardo natural... con el techo de paja, ya negruzca de seca, y las puertas y ventanas de tabla cepillada”.⁶⁸ Los modos de vivir y construir interesan al viajero, y se pregunta qué hacen en aquella plaza de Livingstone tantos hombres y mujeres, Martí cree que hay fiesta, pero no, ni es plaza ni hay fiesta —precisa— “es que están *embarrando* una cabaña”. Y relata el carácter fraternal en la construcción de una casa, lo que forma parte de un espíritu colectivo y comunitario que es tradicional y afirma: “En Livingstone el pueblo no permite que un hombre sólo haga una casa: todos lo ayudan”.⁶⁹

Las ciudades que encuentra, situadas en los bordes marítimos, se le muestran con “calles informes” y en general se distingue un vocabulario descriptivo asociado a la pobreza, la desigualdad y el abandono cuando se refiere a ellas. La de La Guaira, “construida irregularmente a los pies de una gran montaña, es accidentada, tortuosa, alegre, como replegada en sí misma, antiguamente rica y capaz de seguir siéndolo”.⁷⁰ Pero los hombres, como en Puerto Cabello, son “gritones y felices, con pantalones blancos y sombreros de Panamá”.⁷¹ Sin embargo, en Santiago de los Caballeros, destaca una casa “como pompeyana”, sin color, de piso corrido, levantada sobre el suelo, con puertas de marco tallado, columnas finas que sustentan el friso y la entrada al recodo con una rica verja que por el lado lleva a una escalinata a todo el frente con puerta de medio punto que da al jardín. Se detiene Martí en los jardines perfumados que encuentra en esa ciudad con rosas, albahaca, guacamaya y varita de San José. Ante el viajero se presenta una

⁶⁸ *Ibid.*, p. 196.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ *Ibid.*, p. 157.

⁷¹ *Ibid.*

arquitectura urbana de hermosos perfiles, con influencias estilísticas neoclásicas —propias de la época— pero con peculiares formas vernáculas de adaptabilidad tropical. De esas casas nuevas de la ciudad habla Martí por su “construcción apropiada, de aire y luz”. Y de igual manera se refiere al primer poblado haitiano a donde llegó, Ouanaminthe, con casas grandes de sillería de Viena, con piso alto y colgadizo, e iglesia casi pomposa —dice Martí— de recia mampostería y torres cuadradas. Pero uno de los pasajes que más impresiona en ese sentido descriptivo de lo arquitectónico y ambiental aparece en su texto “Curazao”.⁷² Dice que en ese lugar las casas poseen “un aseado ajuar exterior [...] con sus tejados rojos y sus paredes altas, agujereadas por ventanas menudísimas”, la construcción —precisa— es elemental, como de paralelepípedos, y vienen a su memoria “esos juguetillos de madera que labran y pintan en sus horas de ocio los labriegos de la opaca Alemania”, y concluye: “Eso es Curazao desde lejos: una caja de casas de juguete”.⁷³ Martí supo apreciar la especificidad arquitectónica que distingue a esta isla y que contrastaba con el ambiente de “puerto libre” y el aspecto de las calles estrechas y los portalejos oscuros.

Prestó atención a lo primigenio indígena y observó la presencia física de esta población originaria en la vida cotidiana de los territorios costeros continentales, que en las islas es ausencia, referencia histórica o arqueológica. El 14 de febrero, en su diario, cerca de Esperanza en República Dominicana, lugar que fue —dice Martí— paso famoso de Colón y donde aún se encuentran las ruinas del fuerte y las de la primera ermita, le muestran un pico roído que sacaron “de las excavaciones de los indios”, y que el sitio se llamaba la mina de la Bulla, pues dicen que allí se oía el ruido de aquellos pobladores en tiempos remotos. Y describe las evidencias que César Salas ha encontrado en las Cuevas de San Lorenzo, en Samaná —al norte de República Dominicana—, innumerables caracoles y hachas grandes de sílex. El 8 de abril, en su diario, Martí afirma: “Leo sobre indios [...] Por el poder de *resistencia* del indio se calcula cuál puede ser su poder de *originalidad*”, y refiere haber leído sobre Moctezuma, Cacama, Cuicláhuac, entre otros. Así como la obra *Hatuey* de Francisco Sellén y *Enriquillo* de Manuel Galván. Pero en el trayecto de México a Veracruz, estas culturas originarias se le presentan en tiempo real y aprecia

⁷² *Ibid.*, pp. 129-135.

⁷³ *Ibid.*, p. 129.

que “la india de rebozo azul, ofrece por la ventanilla un cesto de granados”,⁷⁴ y que en Isla de Mujeres “albean resplandecientes el holgado *hipil* y el *fustán*”, vestuario que, sin embargo, observa Martí que comienza a ser reemplazado por la saya y el rebozo; y a propósito de esa mutación, habla de un “pueblo mixto” que ha comenzado a sustituir el vestuario primitivo, porque “su población es nueva”. Las nociones de *pueblo nuevo* y de *mixtura cultural* en la diversidad del panorama que recorre José Martí son de un gran significado en sus observaciones sobre los procesos socio-culturales en tierra continental. También menciona el mestizaje que ha visto en México y lo contrasta con las poblaciones en Livingstone, donde dice, “no se ve una cara blanca, pero el negro de la raza pura alegra los ojos. No el negro corrompido, bronceado, mezclado de Belice, sino ese otro luciente, claro, limpio, que no tiene nunca canas”.⁷⁵

Y compara la situación lingüística entre ambos territorios, así como la expresividad propia de esos hombres y mujeres negros:

hablan su caribe primitivo, su dialecto puro; ellos no lo han mezclado, como en México, con palabras españolas [...] O han inventado sus palabras, o las tenían, lo que acusa natural riqueza. Y, ¡qué manera de hablar! Una vez admiró el viajero la rápida palabra de los vascos: ahora ve que ésta le es muy superior. Son locuaces con la lengua, con los ojos, con las caderas, con las manos. Tienen para cada letra una, no mirada, sino transición de ojos diferente.⁷⁶

Al referirse a la isla de Curazao, encuentra que allí los metropolitanos hablan neerlandés así como “un español horrible y un dialecto mezquino, sin fuerza ni gracia, el *papiamento* —que es el español con terminaciones holandesas, así de sufrimiento hacen *suffrimentol*, de católico, *catholikanan*”.⁷⁷ En sus recorridos Martí ha transitado por la mayor diversidad lingüística de América, a la que se añaden, además de las lenguas mencionadas, el francés y el criollo de Haití, así como las variantes locales del español en República Dominicana. A estas últimas se refiere con detalles en su diario. Comienza con una afirmación que después encuentra todos sus matices en el texto: “la frase aquí es añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos” y se introduce —con mirada

⁷⁴ *Ibid.*, p. 21.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 37.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 38.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 157.

penetrante— en aspectos psicosociales de esos modos de decir, en los que se definen rasgos del carácter y de la sabiduría campesina —pues por esas ruralidades anda el viajero cuando inicia su relato. “Dar es de hombre; recibir, no”, eso dice Arturo, bello mozo con el machete al puño que se acaba de casar. Martí se refiere a cierta arrogancia, a una negación por fiereza al placer de agradecer. El machismo se hace evidente así como la dimensión social de la expresión lingüística cuando el propio Arturo expresa, “¿por qué si mi mujer tiene un muchacho dicen que mi mujer parió y si la mujer de Jiménez tiene el suyo dicen que ha dado a luz?”. Por los lugares que transita Martí recoge frases que son expresión de toda una tradición y un saber popular: “cada peje en su agua”, y “el caballo se baña en su propio sudor”, son dos ejemplos. Cuando se encuentra en Haití, escucha y registra en su diario palabras en francés y señala que allí “hablaban el criollo del campo, que no es el de la ciudad, más fácil y francés, sino crudo, y con los nombres indios y africanos”.⁷⁸

La forma de vestir brinda a Martí la oportunidad de ofrecer pasajes esenciales para mostrar la diversidad que aprecia entre las mujeres de los territorios costeros e insulares mexicanos y las negras de Livingstone, donde el vestido del país comporta un pañuelo blanco como turbante sobre la frente, camisón de hilo con brazos y cuello al descubierto bajo el cual se aprecia la saya (algunas llevan camisón sólo —precisa Martí con cierta picardía— y lo escribe entre signos de admiración), y otro pañuelo que cuelga sobre su hombro y en la cintura. En su cabeza, “una batea y con la misma mano con que retiene la batea, sujeta una larga varilla, inútil sin duda, pero tradicional en esta tierra”.⁷⁹ La mujer ama de casa y dueña de posada aparece como una figura de interés en sus relatos. Durante su texto sobre Isla de Mujeres el narrador expresa “¡Oh! Las hijas sin padre, los padres que abandonan”, ¿se refiere Martí a la realidad social en la que predomina la familia matrilineal como problemática de estas tierras que recorre? Unas páginas antes ha dicho: “los hombres emigran o hacen contrabando; los marineros canarios [...] entretienen los amantes ocios de estas mujeres bondadosas”.⁸⁰ En su texto sobre Livingstone, Martí describe la llegada del padre a la casa y emplea en la escena las palabras en lengua garífuna con las cuales se estructura la relación familiar: así

⁷⁸ *Ibid.*, p. 199.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 38.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 30.

su *nináma* (niña) deja caer la tabla con la que muele la yuca para hacer el casabe, su *niráju* (niño) se abraza a sus rodillas y balbucea baba (padre) mientras que la *dada* (abuela) dice al viajero, mi *niráju*, mi *niráju* (mi niño, mi niño). La madre no está en el evento que describe porque, suponemos, es de día y se encuentra en los campos de cultivo. Esas mujeres en laboreos de campo son, en general, figuras centrales de los relatos martianos; como Néné, en el alto de Villalobos, “madraza del poblado, la madre de veinte o más crianzas”. Y ella dice a los visitantes: “toíto el día e stao en el conuco jalando el machete”, y Martí realiza la escritura fonética de su peculiar manera de hablar y afirma que “el poblado todo de Peña la respeta”.⁸¹ Respeto igualmente otorgado a Ceferina Chaves, de quien habla todo mundo en la comarca. Dice Martí que su marido se muestra poco o anda en quehaceres suyos, pero lo cierto es que ha sido ella, quien “a brío de voluntad, ha puesto a criar la tierra ociosa, a tenderse el buniatal, a cuajarse el tabaco, a engordar el cerdo”.⁸²

Ciertos pasajes de la historia oral, contados por los habitantes, entran a su narración como la de aquel viejecillo de camisa y calzón, según lo describe Martí, quien le cuenta que cuando los españoles preguntaban sobre el nombre de aquella tierra, ellos —confiados y benévolo— les dijeron: *Kox-otox* que quiere decir “ven a mi casa: ¡ay! ¡Y fueron!”, mientras que le refirieron que frente a Cozumel, los indios —ante el trato rudo de los blancos—, “ocupan y hacen inaccesible la antigua ciudad histórica de Tulima cuyas ruinas no ceden en importancia a las Chichén Itzá en Uxmal”.⁸³ Y se detiene en las costumbres, en el nombre *habanero* que dan al aguardiente en Isla de Mujeres y cómo le dicen *villano* en esa isla —originalmente llamada Puebla de Dolores— al que ha nacido en Valladolid, pues “este Valladolid de México es villa”; y en el origen de la palabra *Cozumel* (tierra de murciélago), o en remedios guajiros, pues cuando la mula se resiste a caminar se le frotan bien con limón las uñas y sigue andando, según le relatan en República Dominicana. Allí las peleas de gallos son habituales y Martí narra cómo el gallero los amarra a las estacas colocadas en lugares de sol y sombra. En los lugares al sol preparan a los gallos para aclimatarlos al calor y que no se ahoguen en la pelea. Manuelico le cuenta la fuerza que le da al gallo la carne de vaca, tomar leche por agua,

⁸¹ *Ibid.*, p. 188.

⁸² *Ibid.*, p. 194.

⁸³ *Ibid.*, p. 33.

el maíz bien majado y, además, ponerlo en un lugar donde pueda escarbar pues así no hay gallo que se tulla.⁸⁴

Y lo que no vio, Martí lo dice como se lo contaron. Así ocurre con las fiestas del carnaval y los bailes con poninas, “contribución voluntaria que no excede nunca de cuatro reales, y en ellos, como en todas partes, se bebe abundante cantidad de vino dulce”. Y en Santiago de los Caballeros habla de los “mamarrachos” y de las máscaras que salen de noche cuando se acerca el carnaval, así como de la tarasca, de los gigantones y del recibimiento que le dan en el Centro de Recreo, con “la charanga, con un vals del país, fácil, y como velado, a piano y flauta, con güiro y pandereta”,⁸⁵ interesante combinación de instrumentos propios y ajenos.

La situación de pobreza de esas comunidades es una constante revelación en los textos martianos, en *Isla de Mujeres* expresa que “no han sabido aprovechar [...] tan productivo suelo, tan amable clima”. Observa la permanencia en tierras continentales de la condición de los criados “a modo de esclavos” —dice— porque se mantienen atados a sus amos, como ellos mismos los llaman, por la condición dependiente que tienen de ellos en cuanto a servicios prestados. Desde Gonaïves le escribe a Gonzalo de Quesada, “ni vi jamás, en mi mucho ver, tierra más triste ni devastada que este rincón haitiano, que del vapor al entrar parece muerto, y no vive, en sus calles fangosas, más que de la limosna y de los apetitos”.⁸⁶ Sin embargo afirma que los valores y el “sentimiento fiero de la independencia de la tierra”,⁸⁷ parecen ser la raíz que tiene la vida humana en Haití.

Martí encontró compatriotas por doquier, “manzanilleros que andan por aquí, y a la mujer de José del Carmen Perea y a los Rendón que han venido de Oriente”.⁸⁸ Así le decía a Maceo en carta escrita desde Kingston en junio de 1894.⁸⁹ En el periódico *Patria* con palabras conmovedoras rindió tributo a Mariana Grajales —al hablar de su epopeya y de su humildad como “madre de héroes”— que murió en la emigración, en Jamaica.⁹⁰ En general,

⁸⁴ *Ibid.*, p. 193.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 191.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 159.

⁸⁷ *Ibid.*

⁸⁸ “Carta a Antonio Maceo”, Kingston, 25 de junio de 1894, Rafael Ramírez García, comp., *Martí-Maceo: cartas cruzadas*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2003, p. 72.

⁸⁹ De su visita a Jamaica en 1892 existen seis fotografías, tomadas por Juan Bautista Valdés y Acosta, cf. Gonzalo de Quesada y Miranda, “Martí en Jamaica”, *Anuario Martiano* (La Habana), núm. 5 (1974), p. 43.

⁹⁰ Martí, *Obras completas* [n. 3], tomo v, pp. 25-27.

Martí hablaba con fervor de “las cubanas y cubanos de toda virtud [...] nos hemos sentido como uno con los dominicanos y haitianos y jamaquinos, con los cubanos tenaces de Santo Domingo y los industriales de Haití y los inolvidables de Jamaica”.⁹¹ Esa “hermandad del destierro” fue un resultado ejemplar de sus viajes. Conoció como nadie “la linda aldea criolla en la vega extranjera” y tenía profunda fe en el patriotismo de los defensores de la causa liberadora a los que encontró y reconoció durante sus viajes. Ese trato amistoso adquiere fuerza mayor en su *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, en el que la interpersonalidad domina el relato a través del uso de nombres propios y los lugares adquieren valores afectivos y sentimentales en las expresiones del narrador. Fuerza e imágenes cargadas de significado aportan los retratos: el de Arturo, el de Eusebio, el de don Jacinto, entre tantos otros, se enriquecen con los ambientes que contribuyen a caracterizar a los personajes y a las historias que de ellos cuenta Martí o las que cuentan ellos al narrador, lo que aporta a su diario una multiplicidad de modos de expresión, al emplear el diálogo como recurso de interlocución e introducir su “yo” narrativo en los relatos, aspectos que otorgan personalidad propia a su escritura. Las historias de vida adquieren mucha fuerza, la de Nicolás Ramírez, “que de guajiro insurrecto se ha hecho médico y boticario”,⁹² la de Montesino en Dajabón, que estuvo con él en el presidio. De ese pueblo fronterizo salió Martí con caballo ron, vino y pan ofrecidos con sinceridad por los amigos, para continuar el camino y llegar al siguiente día a la casa de Ulpiano Dellundé, a quien dedicó un poema que resume en sus versos el espíritu de un poeta comprometido con su ideal y agradecido,

No hay pena cual la de amar
a un pueblo solo y cautivo,
que vive, clavado vivo,
a lo lejos de la mar:
¡Ni sé de alivio mayor
al corazón que se abrasa,
que el sol y el café en la casa
de la amistad y el amor!⁹³

⁹¹ *Ibid.*, tomo II, pp. 173-174.

⁹² *Ibid.*, tomo XIX, p. 190.

⁹³ *Ibid.*, tomo XVII, p. 223.

Yolanda Wood

RESUMEN

Un imaginario cultural antillano, caribeño y nuestroamericano, expresado en claves simbólicas —percepciones, observaciones y afectos— constituye un aporte patrimonial, de gran significación, en la narrativa testimonial de la escritura de José Martí. Se estudia dicha narrativa a partir de una diversidad de textos que acompañaron sus trayectorias por las Antillas y el Caribe continental durante las últimas dos décadas de su vida, con énfasis en los años en que reorganizaba las fuerzas para la guerra necesaria de Cuba.

Palabras clave: José Martí, imaginario cultural, Antillas, Caribe.

ABSTRACT

The Antillean, Caribbean and *Nuestroamerican* cultural imaginary present in José Martí's testimonial narrative, and expressed by symbolic elements —insights, reflections and affections—, constitutes a greatly significant heritage. This paper explores it through the analysis of a wide selection of texts present in the author's travels through the Antilles and the mainland Caribbean Basin during the last two decades of his life, with an emphasis on the years he devoted to gather forces for the much needed Independence war in Cuba.

Key words: José Martí, cultural imaginary, Antilles, Caribbean.